

SUZANNE SCANLON

INTERNADAS

Sobre el sentido y la locura femenina

Prólogo de Mar García Puig

Traducción de David Muñoz



Para aquellas que estuvieron allí

Sin algo a que pertenecer, el yo carece de estabilidad. Por otro lado, el compromiso total y la total adhesión a cualquier unidad social suponen la anulación relativa del yo. La conciencia de ser persona proviene tal vez de la unidad mayor en la que estamos inmersos; la conciencia del yo quizá vaya esbozándose a través de las resistencias minúsculas que oponemos a la poderosa atracción de esa entidad. Si nuestro estatus se apoya en las más sólidas construcciones del mundo, el sentimiento de nuestra identidad personal suele, por el contrario, radicarse en sus grietas.

ERVING GOFFMAN, *Internados*

Nota de la autora

Los nombres e identidades en esta autobiografía han sido alterados para proteger la privacidad de los que aparecen.

Primera parte

EL BLANCO MÓVIL DEL SER

Retorno

Era un caluroso día de julio, décadas después, cuando andaba por Nueva York. Le estaba cuidando la casa a una amiga, pasando una semana en su apartamento de la calle 145 con Broadway. Era lo más cerca que había estado en años del hospital que una vez fue mi hogar. Una mañana, decidí tirar hacia el norte. Mis mejores días son aquellos en los que camino por la ciudad, sin ataduras ni rumbo fijo, por lo que tardé un minuto en comprender adónde me dirigía. Nos sentimos atraídos por el pasado, ¿no? Incluso cuando no queremos, el pasado está ahí, esperándonos. Caminé más o menos una milla por Riverside Drive, hasta llegar a mi antigua dirección: 722 de la calle 168 Oeste.

Por supuesto, no hay nada en esta ciudad que siga igual, y esto no es una excepción: el edificio, con su grandiosa arquitectura, ya no es la sede del Instituto Psiquiátrico Estatal. Ahora es la sede de la Facultad de Salud Pública de la Universidad de Columbia.

Quiero decirle a quien sea que aquí es donde vivía mientras señalo el quinto piso. ¿Pero a quién le va a importar?

En el arco que hay en la entrada, se puede leer el nombre original del edificio, con letras góticas grabadas en piedra: Instituto Psiquiátrico + Hospital del Estado de Nueva York. Estos son los vestigios, por lo que estoy agradecida. Otro vestigio: los dos bancos de piedra de la entrada. Uno tiene grabado el número romano MCMXXVII, el año en que se fundó el edificio.

Apenas un año después de mi partida definitiva, el Instituto Psiquiátrico Estatal se trasladó a un nuevo edificio, uno mucho más grande y majestuoso que el original, con una pasarela que cruzaba Riverside Drive hacia un segundo edificio con vistas al río Hudson. Por aquel entonces, el programa había dejado de recibir financiación. Ya nadie viviría allí tanto tiempo como nosotras.

Encuentro el departamento de registros. Le pregunto a una mujer en el mostrador por el edificio que había antes, el hospital estatal vinculado a los presbiterianos de la Universidad de Columbia, el instituto conocido como el «antiguo IP».

Le digo que me gustaría conseguir copias de mi historial médico.

¿Estuvo ingresada?

Sí.

¿Cuándo?

Hace mucho tiempo.

¿Cuánto tiempo?

Hace veinte años. Me doy cuenta al decirlo.

La mujer se lo piensa y luego me explica el procedimiento para recuperar los registros. Se deben rellenar unos formularios, pagar una cantidad y obtener permisos para su divulgación. Una vez se aprueben, se hará copia de los documentos. Recibirá las copias por correo.

Relleno los formularios, pago con mi tarjeta de crédito.

Casi un año después ya casi lo había olvidado, pero recibí un paquete de unas diez o quince páginas. Un resumen de mi estancia. En realidad, una pila de relatos. Varios médicos escriben diferentes resúmenes. Cada doctor o doctora tiene su propio punto de vista. ¿Acaso pensaba que sería algo objetivo? No, pero tampoco me había parado a pensar en lo subjetivo que podría llegar a ser todo esto. Estas descripciones de personajes tienen mucho en común con los escritos de los alumnos de mis clases de escritura creativa. Hay consistencias, temas

recurrentes: la *distimia* aparece una vez tras otra. Se me dijo que tenía depresión crónica, o depresión mayor, o trastorno bipolar, pero la *distimia* es el diagnóstico que más se repite en todos los registros.

Quedé decepcionada por la pila de papeles y acabé apartándolos en un cajón. Por un lado, estas páginas me provocan una vergüenza profunda por el desperdicio de aquellos días, por el alcance de mi abyección. Pero, al mismo tiempo, quería más: notas diarias o detalles que pudieran llenar los vacíos de mis cuadernos, de mi memoria. Quiero los detalles. No quiero el lenguaje oficial, el eje 1 o el eje 2, la lista de medicamentos y síntomas. Lo que quiero es la historia de nuestros largos y aburridos días y años en aquel hospital. Esos días. Esos años. Es la cotidianidad lo que de verdad quiero recuperar.



Tenía veinte años cuando llegué. Enero de 1992. La ciudad de Nueva York: todo oscuridad e indiferencia. ¿A quién coño le iba a importar que llegaras? Aquí llegan miles de personas cada día. Las calles alrededor del campus estaban vacías, salvo por el tráfico, los autobuses y alguna que otra bodega. Vasos de poliestireno vacíos, tapas de plástico, pajitas y bolsas de McDonald's flotaban en un baño de hielo licuado. Montones de mierda de perro medio congelada bajo el hielo. Un guardia de seguridad me dice que mi residencia está a unas pocas manzanas, al otro lado del campus. Recorro las largas manzanas, arrastrando una bolsa de viaje. Mi habitación está en una suite, con cocina y baño compartidos. Baldosas frías en el suelo; las paredes de hormigón; el único mobiliario es una cama doble de metal, un escritorio y una pequeña ventana con vistas a un muro de ladrillos.

Dejé mis maletas, salí de la suite y caminé hasta la tienda de comestibles de al lado.

Cuando regresé, mis compañeras estaban allí. Un tríptico de juventud femenina.

Hola, dije, pinchando una patata asada antes de meterla en el microondas.

¿Eso es todo lo que vas a comer?, preguntó riéndose una chica bajita y parlanchina. De pronto sentí que me había puesto roja como un tomate.

Sí, dije. Supongo que sí.

Un mes después y aún no he hecho ni una sola amiga. La soledad, los días y las semanas sin hablar con nadie, pueden hacer que te vuelvas una extraña. De vez en cuando, si llama alguien de casa, finjo que todo va bien. En mi cuaderno, escribo sobre mi desesperación. Hoy es San Valentín y Leo me pide que nos veamos en el centro. En el tren, me pongo de pie frente a un desconocido. Estamos tan cerca que podríamos besarnos, mi cara frente a la suya, pero he aquí la norma: sin contacto visual. Tienes que fingir que no estás tan cerca de su humanidad. Mira hacia otro lado o a tus pies, pero nunca mires a la cara. Bájate en Christopher Street, me había dicho Leo. Sostengo mi mapa laminado de *Streetwise Manhattan*² como si fuera una estampa religiosa. El tren chirría y sale a trompicones de la estación. Huelo orina y jamón, mierda de rata y perfume. Cuando cierro los ojos, veo las gallinas, colgadas de las patas, acercándose a mí. Oigo llorar a una mujer. El tren se detiene y vuelve a arrancar una y otra vez con un zarandeo, la 72, la 66, mi cabeza contra las puertas de color verde vómito, salpicadas de pintura roja, como si alguien las hubiera garabateado con un rotulador

2. Se trata de una marca de mapas laminados plegables que se popularizó en Estados Unidos en la década de los ochenta y noventa. Se vendían en quioscos, librerías, estaciones y farmacias, y los había para casi todos los sitios, un poco como hacía la colección de libros «para tontos» (*for Dummies*). Hoy en día, se comercializan bajo el nombre de *Michelin Streetwise Maps*, después de que la empresa de neumáticos absorbiera y reeditara parte del catálogo. (*N. del T.*)